

PLATICA XXVII.

La mejor de las oraciones es el Padre nuestro.

Orantes autem, nolite multum loqui, sicut ethnici, putant enim quod in multiloquio suo exaudiantur. Nolite ergo assimilari eis... Sic ergo vos orabit. Pater noster, qui es in caelis sanctificetur nomen tuum.

En la oracion no afecteis hablar mucho, como hacen los gentiles, que se imaginan que han de ser oidos á fuerza de palabras. No querais pues imitarlos... Vosotros habeis de orar así. Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea el tu nombre.

San Mateo, cap 6, vv. 7 y siguientes.

CATOLICOS: Es indudable que todos estamos obligados á orar si hemos de entrar en el reino de los cielos. Digo que todos estamos obligados á orar para manifestar, que no es bastante saber que debemos orar, sino que es necesario que oremos. Sentado este principio, parece que lo que naturalmente se sigue, es desear saber de que clase de oraciones todos debamos valernos para sobre cumplir con este deber, agradecer á Dios cuanto nos sea posible. Y con efecto; esto es lo que debemos procurar, y esto mismo es, lo que Jesucristo Redentor nuestro, sobreponiéndose, digámoslo así, á nuestros deseos, nos enseñó. Sí, cristianos: el mismo Jesus nos enseñó la oracion de que hemos de usar para dirigirnos á su eterno Padre, y sobre adorarle con ella, bendecirle y amarle; obtener á la vez por medio de ella bienes temporales y eternos. Así que, bien

podemos decir sin temor de equivocarnos, que la oracion del padre nuestro, es la mejor de las oraciones, ya sea que se atienda á su Autor divino y ya atendamos á la sublimidad de los pensamientos, ó á lo grandioso de las peticiones que esta oracion celestial encierra. Las oraciones que han dictado los hombres (1), mas sabios y mas santos en el discurso de todos los siglos, jamás podrán igualarse á esta oracion divina dictada por el mismo Hijo de Dios á *peticion de los Apóstoles*. El exordio ó sea el aparato con que da principio, las peticiones que siguen, y el sello que por fin se las imprime, todo ello, y cada parte de por sí es lo mas excelente que pudieramos pensar, y todo está fundado en aquella apreciabilísima caridad que consiste en amar á Dios sobre todas las cosas y sin limites ni medida; en amarnos á nosotros ordenadamente, y en amar á nuestros prógimos como á nosotros mismos. Siete son las peticiones que abraza, y de estas, las tres primeras pertenecen al amor de Dios, su honra y gloria; y las otras cuatro al amor ordenado de nosotros mismos y de nuestros prógimos. Nada falta á esta oracion del Maestro divino. De tal modo está en ella todo dispuesto, y tanto es lo que contiene, que como dice san Agustin (2), aun cuando cada uno sea libre para pedir á Dios con palabras diferentes de las de esta oracion divina, como lo hace la Iglesia frecuentemente, ninguno es libre para pedir otra cosa que lo que en esta oracion se contiene, de modo que esta oracion celestial (concluye el santo Padre), es la mas excelente, no solo porque la dijo Jesucristo por su boca, sino porque es el modelo mas acabado, la regla mas completa y la expresion mas hermosa de la caridad, virtud la mayor de las virtudes.

Inferid, pues, mis amados, de lo dicho, si oracion tan importante, tan necesaria en todos conceptos para cumplir con nuestros deberes, merecerá que fijemos en ella toda nuestra atencion. Sí lo merece por cierto, y de esta verdad convencido, voy á ocuparme de explicaros el exordio y las tres primeras peticiones, ya que imposible me sea explicarlas todas en una sola plática como deseara. Y aun así, esto es, limitándome á solo lo indicado, no haré una explicacion tan lata como cada una exige, únicamente por no molestaros; pero diré lo bastante para que acabeis de convenceros de su importancia, y de aquí adelante receis el Padre nuestro con la devocion posible, y obtengais los resultados que Jesucristo se propuso que todos obtuviéramos por medio de ella. Nada soy, nada pue-

(1) *Mazo, fol. 142.*

(2) *Serm. 18, de divers.*

do por mí, necesito los auxilios de la divina gracia para cumplir lo que os acabo de prometer; ayudadme á pedirles..... etc.

Muy poco se necesita reflexionar, mis amados, para convencernos todos de que tanto el exordio de la oracion que el Señor nos enseñó, como las tres peticiones que se siguen, son enteramente celestiales, divinas, propias solamente de Jesus, esto es, ninguno de los hombres ni de los Angeles hubiera jamás acertado á discurrir cosa tan grande. Este es su principio: *Padre*; palabra la mas dulce, la mas satisfactoria y confiada que puede pensarse. Bien pudiera nuestro divino Redentor, haber adoptado otra que manifestára tambien la grandeza del Señor, y lo obligados que todos estábamos á corresponderle agradecidos, como *Criador, Poderoso Señor*, gobernador del mundo ú otras semejantes; pero prefirió la de *Padre*, como la mas tierna, y que por sí sola manifiesta familiaridad y confianza, á la vez que aleja todo temor servil. ¿Qué hijo, pues, no se llegará gustoso á un Padre tan bueno, tan poderoso, y tan lleno de misericordia? Sí, lleguémonos, mis amados, á nuestro Padre celestial con humildad y amor, y no dudemos que nos oirá con tanto mas gusto, cuanto que para invocarle, nos valemos de las mismas palabras que su unigénito Hijo nos dijo que usáramos para ser oídos con gusto de aquel Señor, de quien todo bien procede. Oiga el Padre la voz de su Hijo y no se desentenderá de oírnos. Porque si cierto y ciertísimo es que todo lo que al Padre pidamos en nombre de su Hijo amado nos concederá, ¿cuán eficaz no será la oracion que pronunciamos siendo la misma que Jesus pronunció, con el fin de que de ella nos valiéramos nosotros? Así, no solo pedimos en nombre de Cristo, sino que proferimos sus mismas palabras para pedir. Verdad es, que para que nuestra oracion tenga el efecto debido, no debemos contentarnos con solo pronunciarla con la boca, es indispensable que esté adornada de las condiciones esenciales á toda buena oracion. Que haya atencion, devocion, fé, humildad y amor. Que corresponda el corazon con las palabras que pronunciamos, á fin de que en nosotros no se cumpla lo que dice el Señor por Isaias: estos me invocan con los lábios, pero su corazon está muy lejos de mí. En este sentido, es decir, orando como debemos orar, es como podemos decir: *Padre*. El pecador obstinado, el que se complace en ofender al Señor, no puede usar de esta expresion sin insultar, sin blasfemar de nuestro Santísimo Dios. Le está pues prohibido al pecador rebelde, usar de esta palabra que está reservada para los que aman al Señor, ó que sintiéndose en pecado quieren salir de tan miserable estado, y cual hijos pródigos

se acogen á la bondad y generosidad de nuestro Padre celestial. A los que así obran, á los que respetuosamente le invocan, á los que contritos y humillados le llaman en su socorro, prontamente les favorece el Señor, y fija en ellos sus ojos misericordiosos. ¿Quién hay que ponga en duda esta verdad? Con fundamento, nadie; porque nadie hay que pueda igualarse á la misericordia y amor conque el Señor nos mira, ó lo que es lo mismo, ninguno es tan misericordioso como Dios, ni jamás hubo un Padre que tanto amára á sus hijos, ni esposo que tanto quisiera á su consorte como Dios nos ama á nosotros.

Y si Assuero dijo á su esposa Esthér en señal de que la amaba (1): ¿qué cosa quieres que te mande dar? Y aun despues de otorgarla su pretension, la instaba diciendo: ¿qué mas pides, ó qué otra cosa quieres que yo mande? ¿Qué no hará, qué no nos concederá nuestro amantísimo Padre, si debidamente le pedimos? Yo haré por tu hijo, dijo David á Bercellai de Galaad (2), yo haré por él todo lo que quisieres, y cuanto tú me pidieres, te será concedido. Pídeme lo que quieras, dijo el Señor á Salomon (3): pide lo que quieres que yo te otorgue. Pidió con efecto, el hijo de David, y Dios le concedió mucho mas que lo que le habia pedido. El Dios de Salomon es el Dios nuestro; la oferta que hizo á aquel, la misma nos hace á nosotros: *petite*, nos dice por San Mateo (4): Pedid y se os dará. Todo cuanto pidiereis (5), como tengais fé, lo alcanzareis. Cuanto pidiereis al Padre en mi nombre, nos dice Jesucristo por San Juan (6), yo lo haré; á fin de que el Padre sea glorificado en su Hijo. Pidamos pues, católicos, al Padre, sin olvidar que su Santísimo Hijo, se ha ofrecido á hacer cuanto pidamos, y que primero faltará el cielo y la tierra, que falte el Hijo de Dios á su palabra. Tengamos tambien muy presente que llamamos á Dios, *Padre*. Si Padre nuestro es, nosotros somos sus hijos, y deber es de todo hijo asemejarse en lo posible á su buen Padre. Ni nos asombre esta exigencia cuando hablamos de Dios; porque si bien es cierto que hay una distancia infinita de Dios á nosotros, esta distancia no se minorá por virtud nuestra, sino por efecto de la bondad de nuestro Dios que quiere unirnos á sí, siempre que por nuestra parte hagamos cuanto podamos para someternos á su voluntad divina. Hé

(1) Cap. 5, v. VI; y cap. 9, v. XII.

(2) Lib. 2.º de los rey., cap. 19, v. XXXVIII.

(3) Lib. 3.º de los rey., cap. 5, v. V.

(4) Cap. 7, v. VII.

(5) Id., cap. 25, v. XXII.

(6) Cap. 14, v. XIII.

aquí el medio único para asemejarnos á nuestro Padre celestial, y aun para hacernos una misma cosa con él, no por naturaleza sino por adopción, en cuyo concepto somos sus hijos todos los hombres. Por esta razon el divino Maestro quiso que digéramos *Padre nuestro*, y no *Padre mio*. Sí: Padre es Dios de todos los hombres, y todos los hombres sin distincion de naciones, de sexo, ni de condicion somos hermanos. A todos nos ha criado nuestro Padre con el mismo fin, de todos cuida, á todos gobierna, y tanto cuidado tiene de nosotros, que hasta los pelos de la cabeza, usando de la espresion de la Sagrada Escritura, nos ha contado, y ninguno se desprende ni cae sin su consentimiento. Y no esto solo, sino que despues de habernos hecho á su imágen y semejanza, manda á sus Angeles que nos guarden, que nos guien y nos defiendan. ¿Qué Padre hace mas por sus hijos en debida proporecion? Tanto, algunos quisieran poderlo hacer: mas, nadie. Ved pues, cristianos, si podemos llamar á Dios con toda seguridad, *Padre*: no de una familia, no de una nacion, sino de todos los hombres. Pobres y ricos, chicos y grandes, mujeres y hombres, todos somos hijos de Dios, y cuando cada uno de nosotros dice esta oracion, ora por todos los demás, y todos los demás, oran por cada uno de nosotros. ¿Vais conociendo ya la importancia de esta oracion divina? ¿Vais ya conociendo la caridad toda celestial en que está fundada? ¿Reconoceis en ella á su autor? Fácil es de conocer; porque solo á Jesus, solo al Hijo de María era dado componer una oracion tan sin igual.

Los judíos se gloriaban por tener por padre á Abraham, ¿con cuánta mas razon podremos gloriarnos los cristianos de tener por padre al mismo Dios y por hermano á su Hijo Jesucristo? Digo que los cristianos podemos gloriarnos de esto, y no otros; porque los que no lo son, no tienen parte en el reino de los cielos, ni Dios los tiene por hijos, ni ellos pueden llamarle *Padre*, porque solo son hijos de Dios, los hermanos de Jesucristo, y ninguno puede ser su hermano sin que sea cristiano. Sí, mis amados: los cristianos somos hermanos de Jesus. Ni creais que esta doctrina es mia, es la del mismo Redentor nuestro, que descendió de los cielos y nos libró de la esclavitud del pecado y del demonio; para esto encarnó en las purísimas entrañas de la Virgen María haciéndose hombre y hermanándose á nosotros á fin de hacernos coherederos de la gloria eterna. Oid lo que nos dice san Pedro en su carta primera (1): Bendito sea, dice, el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que por su gran misericordia nos ha regenerado con una esperanza de vida eterna... para alcanzar algun día una herencia incorruptible y que no puede conta-

(1) Cap. 1, v. 3 y siguientes.
Tomo 1.

minarse, y que es inmarcesible reservada en los cielos para vosotros; á quienes la virtud de Dios conserva por medio de la fé, para haceros gozar de la salud que ha de manifestarse *claramente* en los últimos tiempos. Esto es lo que debe trasportarnos de gozo: si bien ahora por un poco de tiempo conviene que seais afligidos con varias tentaciones que *el Señor permite* para que vuestra fé probada de esta manera, y mucho mas acendrada que el oro, que se acrisola en el fuego, se halle digna de alabanza, de honor y de gloria. San Pablo nos dice (1): si viviéreis, según la carne, morireis: mas si con el espíritu haceis morir las obras ó pasiones de la carne, vivireis. Siendo cierto que los que se rigen por el espíritu de Dios, esos son hijos de Dios. Porque no habeis recibido *ahora* el espíritu de servidumbre para obrar todavía por temor *como esclavos*, sino que habeis recibido el espíritu de adopción de hijos, por el cual clamamos: Abba, esto es, Padre. *Y con razon*; porque el mismo espíritu *de Dios* está dando testimonio á nuestro espíritu *con la confianza y amor que nos inspira*, de que somos hijos de Dios: y siendo hijos, somos tambien herederos: herederos de Dios, y coherederos con Jesucristo: con tal no obstante que padezcamos con él, á fin de que seamos con él glorificados. San Juan en su carta primera nos dice tambien (2): Mirad que tierno amor ha tenido hácia nosotros el Padre, queriendo que nos llamemos Hijos de Dios, y que lo seamos *en efecto*. Por eso el mundo no hace caso de nosotros; porque no conoce á Dios *nuestro Padre*. Carísimos: añade el Santo Apóstol, nosotros somos ya ahora hijos de Dios, mas lo que seremos algun día, no aparece *de presente*. Sabemos sí, que cuando se manifestó claramente Jesucristo, seremos á él semejantes, porque le veremos como él es, *y esta vision nos transformará en una imagen suya*. Entre tanto quien tiene tal esperanza en él, se santifica á sí mismo, *ó hace lo posible para vivir santamente*; así como él es tambien Santo. Cualquiera que comete pecado, comete una injusticia, pues el pecado injusticia es, *ó lo que es lo mismo, es una violacion de la Ley*. Quien comete pecado, es hijo del diablo, pues sigue sus máximas y espíritu.... Por aquí se distinguen los hijos de Dios, de los hijos del diablo. Todo aquel que no practica la justicia, no es *hijo* de Dios. Hijitos míos, concluye el Sagrado Evangelista, no amemos *solamente* de palabra y con la lengua, sino con obras, y de veras.... Si nuestro corazón no nos redarguye *ó remuerde*, podemos acercarnos á Dios con confianza, *y estar ciertos de que* cuanto le pidieremos, recibiremos de él; pues que guarda-

(1) A los rom., cap. 8, v. XIII y siguientes.
 (2) Cap. 3, vv. 1 y siguientes.

mos sus mandamientos y hacemos las cosas que son agradables en su presencia.... Y el que guarda sus mandamientos, mora en Dios, y Dios en él.

Así, cristianos, se espresan los Apóstoles del Señor. Bien veis cuán terminantemente dicen que somos hijos de Dios y coherederos con Jesucristo. ¿Pero y qué mucho que los Apóstoles así se espresen, llamándonos el mismo Jesus á boca llena, *permitidme esta espresion*, hermanos, y afirma á la vez que su padre es tambien el nuestro? Avisad á mis hermanos, dijo el buen Jesus, el amantísimo Jesus á las mujeres del Evangelio (1) despues que resucitó: avisad á mis hermanos para que vayan á Galilea, que allí me verán. Ruégote, Padre mio, decia en otra ocasion (2) que todos los que crean en mí sean una misma cosa y que como tú estás en mí y yo en tí, asimismo sean ellos una misma cosa con nosotros. No me toques, no te detengas en adorarme, tiempo tendrás, dijo el mismo Jesus á la Magdalena cuando al verle resucitado quiso besarle los pies (3); anda, vé á mis hermanos y díles *de mi parte que* yo me subo al Padre mio, y padre vuestro; mi Dios y Dios vuestro. ¿Pudo, señores, estar mas espresivo y amante para con nosotros Jesucristo Redentor nuestro? No por cierto. ¡Qué ingratitud la nuestra, si no le amamos cuanto nos sea posible! ¡Qué dignos de ser atormentados por toda la eternidad! Pudiendo ser hijos de Dios ¿consentiremos serlo del demonio? Pudiendo ser hermanos de Jesus y coherederos con él de la eterna gloria, ¿querremos ser esclavos del demonio y atormentados por siempre en el infierno? ¿No seria esta una locura? Sí; locos debemos ser sino trabajamos por ser Santos, esto es, por justificarnos, por cumplir en cuanto podamos con lo que se nos manda en la divina ley. Digo que en cuanto podamos, porque esto solo es lo que Dios quiere de nosotros para dispensarnos sus gracias. No: no escaseará el Señor sus auxilios á los que pongan cuanto esté de su parte para agradarle. ¿Ni cómo es posible que haya quien dude de esta verdad reconociendo á Dios por padre? Sí, cristianos, Padre es Dios no solo de los ricos, sino tambien de los pobres, no solo de los hombres sino tambien de las mujeres, no solo de los mayores, sino tambien de los niños, no solo es de un reino como ya indiqué sino del mundo entero; por eso decimos *Padre nuestro*, y confesando á la vez su gloria, su poder y magestad decimos en seguida, *que estás en los cielos*.

(1) S. Mat., cap. 28, v. X.
 (2) S. Juan, cap. 17, v. XXI.
 (3) S. Juan, cap. 20, v. XVII.